

LA LEALTAD.

PERIÓDICO MONÁRQUICO,

HOJA DE LOS LUNES.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Valencia, un mes, 8 rs.—Tres meses, 22.—Seis, 42.—En los demás puntos de la península: Tres meses, 23.—Seis, 54.—Un año, 104.—Extranjero: Tres meses, 12 francos.—Seis, 23.—Un año, 44. Los pagos se harán adelantados por medio de sellos de correo, libranzas ó letras de fácil cobro.

PUNTOS DE SUSCRICION.—En Valencia, en la Administración del periódico, calle de San Cristóbal, número 8, entresuelo; y en las librerías de Badal, plaza de la Catedral; Martí, calle de Zaragoza; y en la de Villalba, calle de la Bolsería, donde se admiten anuncios y esquelas mortuorias á precios convencionales. Toda la correspondencia se dirigirá al señor Director de LA LEALTAD.

La segur al pié del árbol.

(Reproducido con expresa autorización del libro «Jesucristo, Maestro Divino de las naciones», por el Excmo. é Ilmo. Sr. D. Antonio Montesillo, Arzobispo de Valencia.)

Al cabo llega el tiempo, así para las naciones como para los individuos. Y lo hay de reír y de llorar, de gloria y de humillaciones. Hay tregua para las arrogancias y llegan los momentos de confusión.

No siempre van en bonanza las cosas humanas, ni se vive en el mundo sin algún consuelo. Quien no sabe esperar, malogra el fruto de su trabajo. Es, pues, necesaria la paciencia si han de obtenerse resultados, pues las coronas no cimen bien frentes volubles.

El hábil cultivador dá mil trazas y rodeos antes de sacar de raíz una plantación. Vuelve y revuelve el terreno, lo abona, lo riega, ahonda el suelo y aligera los árboles por medio de hacha y de azadón, para que la savia no se disipe ni la planta se pudra ó vicié. Y cuando ha puesto la diligencia prudente y el esmero posible, espera todavía la sazón oportuna, á fin de utilizar sus desvelos y trabajos.

Peró si el árbol, así regalado, ni dá fruto, ni flor, ni siquiera brota, entonces manda traer la segur, y mirando el árbol de arriba á bajo, solo piensa en el modo de echarlo por tierra; y cortado en trozos, raíces, tronco y ramas, llévalo todo en haces al fuego.

Mala raza de árboles aquellos que, regalados de tal manera, no dan ocasión á que se bendiga y celebre su fruto, sino que maldice por el labrador, merecen ser quemados.

Perteneían á esta especie los saduceos y fariseos, raza de vibras á la cual amenazaba el Bautista con las iras del cielo.

También pertenecían á ella los modernos materialistas y los falsos políticos, quienes dejando pasar la juventud y muchas veces una larga vida, nada sabroso producen. Solo dan de sí estéril follaje, sangre viciada de elación y de orgullo, y un tufo de impiedad que todo lo malea y corrompe.

Mas tarde, mas temprano, será llevada la segur á raíz de las malignidades, y ellas caerán apenas sean tocadas, pues sin corazón ni corteza y consumidas por gusano roedor, ceden al punto.

Tal sucede con las falsas doctrinas. Logran un día de nombre y de ruido, y no bien son examinadas cuando las consume el desdén del tiempo; y lo mismo acontece con la fortuna del insensato. La misma nombradía atrae celos, odios é iras, que convertidos luego en desprecio acaban por desfallecimiento.

Como no haya buena raíz, limpia y sana, esto es, humildad y modestia, todo irá en vana orgullosidad y en ostentación deplorable.

Desdichado el árbol que, ó resiste la poda, ó después de castigado no dá fruto. Bien está la segur al pié de los árboles secos.

El 12 de Setiembre.

Vistemos el Madrid de 1700. Por los alrededores del Palacio real la muchedumbre se agita como el olaje revuelto de la mar.

Aunque poco antes la muerte hizo presa allí de la enfermiza existencia del monarca, el pueblo, mas que señales de tristeza y luto, ostentaba las de ansia y de impaciencia.

De vez en cuando recoge con respeto abriendo paso á este ó el otro noble de altisonante nombradía, que se dirige hacia el alcázar de nuestros reyes.

Dos extranjeros han despertado un mayor interés con su llegada. Vano, presuntuoso y al par vengativo, el pueblo por tal tiene al conde de Harrach, embajador de Austria. Al otro, mas recatado, sin afectación y con maneras afables, se le designa representante de Francia.

Como los nobles, ambos personajes entran en Palacio, cruzan sus anchos zaguan y pabellón, suben las escaleras recibiendo el saludo de los guardias, y son recibidos con interesantes miradas por el cuerpo diplomático europeo.

La nobleza principal no está sin embargo allí. En un salon inmediato la preside, en sesión secreta, el Cardenal Porto-Carrero, primer ministro del difunto rey.

El pueblo de Madrid aguarda en la calle conocer su nuevo soberano, la Europa, representada por sus ministros, ansia saber triste ó alegre á quien legó el infortunado Carlos II el horrible privilegio de iniciar con el desaire una de las guerras generales mas desastrosas.

Y ello es inevitable. La solemne apertura del testamento de aquel rey se está verificando. Declarada la sucesión para el Austria, la Francia reivindicará los que cree sus derechos y vice-versa. La impaciencia crece, y aun al conde de Harrach le atormenta, á pesar de su no perdida confianza y de su siempre hallada satisfacción.

¿Quién publicará la nueva?...

Abrense las puertas del salon donde está reunido el Consejo; algunos nobles empiezan á salir; mas hé ahí uno que se adelanta con paso precipitado hacia el conde de Harrach... El duque de Abrantes tiende los brazos al austriaco.

—«Señor conde—dice estrechándole fuertemente—tengo un gran placer...»

—Señor duque—responde el embajador, oprimido por el abrazo—os agradezco en nombre de mi soberano...»

—Experimento una verdadera felicidad...»

—La mia iguala á la vuestra, señor duque...»

—Ah! señor conde; nunca podreis comprender toda mi satisfacción por verme libre del temor de que el archiduque fuese instituido heredero testamentario del difunto rey, y vengó á despedirme de la casa de Austria...»

Estupefacto, hecho una estatua, queda el embajador. El duque de Abrantes corre á comunicarle la noticia á Madrid, quien la recibe con júbilo y algazara, despreciando las bayonetas alemanas que alcanza con su vista.

En la balanza misteriosa de los destinos europeos acaba de sonar ruidosamente el golpe de caída de una moneda de oro que lleva grabado el nombre de la Francia.

Y allá, junto al Danubio, en la imperial Viena, arrojado por el duque de Abrantes, cae también, pero sin eco, como la ilusión acariciada que se pierde, y cual la flor querida que se marchita, el gaute del conde de Harrach, regalo de su señor, que ha perdido en Madrid.

¿Quién le recoge?...

—«Pues publica la afrenta ha sido—parece haber dicho Carlos, hijo segundo del emperador—con solemnidad recojimole, y cual caballeros de honor, combatamos hasta morir...»

Ciertamente que la casa de Austria ha tomado sobre sí pocos papeles ingratos; y el de entonces, bien que lo era, abundaba en motivos para esperar un éxito favorable.

Porque las trompetas de sus heraldos al convocar al pacífico pueblo vienen para la ceremonia solemne de la coronación de aquel joven a mimoso como rey de España, invitaba para la lucha á toda Europa, y toda respondía galante declarándose en su favor.

Toda no! Faltaba entre los representantes de las diversas potencias uno cuya ausencia siempre ha sido y siempre será funestísima al apostólico imperio; faltaba el Nuncio de la Santa Sede.

Y verificóse la coronación. Lejos de España y lejos de españoles, el 12 de setiembre de 1703, Carlos se dijo Rey de una y de otros.

Viena no osaba alegrarse; sabia que la coronación equivalía á una declaración de guerra, en la que Francia, España y acaso también Suecia, tendrían en su frente las legiones del resto de Europa; pero descansando en la virtud del derecho, tal vez pudieran resistirlas y aun vencerlas.

Porque el archiduque Carlos rechazaba la opinion del Papa, rasgaba el testamento del último Austria español, desconocía la preferencia de líneas y provocaba el buen sentir del pueblo que debía ser regido, el cual habia jurado fidelidad sin oposición ni disgusto á Felipe de Anjou.

La crítica en la historia de aquellos sucesos, severa siempre é imparcial acusa de sirazon al Austria y condena el acto del 12 de Setiembre, provocador de una lucha tan insensata como espantosa.

Carlos II, principe enfermizo y de naturaleza débil, pero de alma piadosa, de conciencia recta y de claras dotes, que le favorecieran sin aquellos obstáculos para ser un excelente rey, pensó en las contingencias que sobrevendrían á su muerte.

Quiso no dar oídos á sus simpatías personales por el Austria, y consultó al Soberano Pontífice, en quien, asistido de sus cardenales y teólogos mas sinceros y sabios, esperaba hallar la decision justa que la oscuridad de la ley le hacia dudosa. Y con revision de cuantos documentos convenían, el exámen se verificó ante la corte Romana; y el Padre Santo, poco antes de morir, contestaba al rey de España:

«Hijo mio, decía Inocencio XII, temed dejaros cegar por una vanidad culpable que podria hacerlos preferir la grandeza de vuestra casa al interés de vuestros vasallos y al derecho del principe francés, á quien debe pasar vuestra corona, en virtud de las antiguas Constituciones de vuestro reino: nada desdichado, luctuoso ó funesto os ha sucedido, por lo tanto, para asegurar en este sentido la ejecución de vuestra última voluntad.»

Roma, pues, que en tantas ocasiones fué tribunal árbitro de los destinos de los pueblos, al hablar así, condenaba de antemano la coronación del 12 de Setiembre.

Los altos cuerpos del Estado recibieron también la consulta de Carlos II. En el Consejo se emitieron pareceres diversos. Los mas favorables á la casa de Borbon; unos pocos, favorables á la casa de Austria, y el conde de Frigiliana, por que no se nombrase sucesor testamentario, sino que se aguardase la resolución de las Cortes luego de la muerte del monarca.

Esta última opinion, eminentemente nacional, era inaceptable. Los pretendientes se impondrían, cuando por la sugestión, cuando por la fuerza, y si los pareceres de los diputados se dividían, el peligro de la guerra europea revestiría además la fase de la civil en España.

Por eso el Consejo, desentendiéndose de la proposición de Frigiliana, aceptó por pluralidad de votos el partido por el francés. Mas como si Carlos aun no venciara con esto su inclinación por el Austria, ó cual siquiera alejar hasta los mas tímidos escrúpulos, aun llamó á dictámen á los teólogos mas sabios y respetables, quienes le dieron asimismo favorable al hijo del Delfin.

Tranquila ya su conciencia, otorga testamento, y con prohibición absoluta de reunir en una misma cabeza las coronas de Francia y España, pasó á las sienes de Felipe de Borbon, duque de Anjou, la que, con una provocación á la guerra, simuló ceñirse tres años después el archiduque de Austria.

Eran partes en el derecho relativamente al nacimiento:

1.º El delfin de Francia ocupaba el primer lugar de los llamamientos como hijo de Maria Teresa de Austria-España, hermana de Carlos II.

2.º El rey de Francia, Luis XIV, venia luego como hijo de Ana de Austria-España, hermana mayor de Felipe IV.

3.º El emperador de Austria merecía el tercer lugar, como hijo de Maria Ana de Austria-España, hermana menor de Felipe IV.

Y 4.º El duque de Saboya, como legítimo y heredero directo de Esteban de Austria-España, hermana de Felipe III.

Y el delfin, como su padre Luis XIV, no pudiendo juntar en sus sienes ambas coronas y habiendo de reservar la sucesion primogénita á la Francia, pasaba necesariamente la corona de España á Felipe de Anjou, segundo hijo del delfin.

Del mismo modo el emperador, quien además fundaba sus derechos en la cualidad de jefe agnático de la casa de Austria—cualidad no aceptada entonces como ley en España—elegia para rey de este pueblo á Carlos, su hijo segundo.

Peró si el nacimiento dá derechos—y sería contra orden natural no reconoceros—la preferencia es indisputable, y el hijo del delfin, por representación de su padre, debía suceder á Carlos II.

El pueblo español también desautorizaba el acto, que quiso ser solemne, del 12 de Setiembre en Viena.

Habia jurado en Cortes á su soberano de derecho, Felipe V, y le tenia predilección de afecto singular.

El pueblo no podia ser indiferente al consejo paternal del Romano Pontífice, á la amorosa disposicion testamentaria del difunto rey y á la opinion de sus altos dignatarios y de sus doctos compatriotas.

Miraba á su nuevo señor, y veía que, despojándose de sus hábitos franceses, procuraba asimilarse en todo á las costumbres de su nueva patria.

Y si luego gentes insidiosas, que siempre y en todas las naciones existen, apoyándose en desaciertos que ningún gobierno se libra de cometer, favorecieron el partido austriaco y arrastraron en lucha civil á algunas ciudades, la inmensa mayoría del pueblo español se mantuvo fiel á su juramento.

No de otro modo España, aliada de Francia, resistió el empuje de toda la Europa reunida en su contra, bajo los pendones de Austria; no de otro modo pudo salvarse la corona de Felipe, sino quebrando los españoles la de Carlos en Almansa y en Villaviciosa.

Carlos el Archiduque, vencido en la guerra, es llamado á ocupar el trono de Austria por muerte de José II su hermano. Carlos, el VI entre los del imperio, aun se titula rey de España, como si pensara poder reunir, cual otro Carlos, ambas coronas en su propia cabeza.

Desistió por fin en el tratado de Viena de 9 de abril de 1725, es decir, luego de 22 años de coronado rey, su reinado pudo ser efímero para la casa de Austria; mas en la memoria de los españoles queda con el triste recuerdo de males causados y de bienes perdidos en su época infansta.

Aun en Gibraltar ondea el pabellon inglés; aun no hemos recuperado nuestros fueros provinciales los hijos de la antigua coronilla de Aragón, y parece que sobre los lagos de sangre derramada en una guerra de doce años, vagan aun las sombras de víctimas mas funestas que las del campo de batalla; las sombras de españoles que por permiso de Carlos recibieron el protestantismo de mano de los ingleses en capillas públicas, alzadas en el corazón de Barcelona.

No maldigamos la memoria de aquel principe cuyo interés de casa y ambición de reinos tan funestas nos fueron; pero al calificar de insensata y de temeraria y de ilegítima su coronación del 12 de Setiembre y la provocación á la guerra que envolvía ese acto, dediquémonos á reparar sus consecuencias, á salvar nuestra honra, siempre empeñada en la ciudad del estrecho, y á renovar nuestro bienestar, conseguido en los fueros provinciales.

Turégano.

LA GAYA CIENCIA.

Miráosla, allí está; gentil, risueña, de rosas y de mirto coronada; como el hijo de Venus, niña, alada, con su lira, carcaj, arco y arpon; miráosla, allí está; hija bendita de las musas, las gracias y del genio, ella es toda entusiasmo, toda ingenio, luz, música, color, inspiración.

¿Quién la podrá no amar? alma del poeta, se empuja en namararla la natura, la luna, entre el pavor de la espesura, el sol poniente, el alba al despertar. Por ella el monte se corona en nieblas, de rosa el prado y de verdor suave; gira la mariposa, trina el ave, salta el arroyo y se adormece el mar.

Y se deja querer; pues su existencia, casi infinita, iunmada, es amorosa y ser enamorada, pues ella tiene hasta el posible amor. Por eso julio la adornó de espigas, de racimos y pámpanos setiembre, de blancos copos el glacial diciembre, y abril con flores de suave olor.

Y con el viento juega entre el follaje; remeda el eco, al manantial se mira, por ruinas vaga, en el panteon suspira, vela en la atmósfera del torreon feudal; y en el sol brilla, en la argentada luna, en la luz de los astros indecisa, en la hora del crepúsculo, en la brisa y el rocío de aurora matinal.

Ella ha visto al amor con sus saetas, danzar lascivos sátiros y dríadas, las naves de bogas coronadas, cuernos marinos al trillón sonar; y picaresca, varonil y bella, ha hecho volar á Flora entre aletas, á Diana perseguir los javalies, y á Citera el ceñidor soltar.

«Gaya ciencia eres tú; dice el que mira las gracias de las manos enlazadas, las musas sobre liras reclinadas, las amazonas al corcel saltar: «Gaya ciencia eres tú; diz quien á Sisifo y á Prometeo mira en su condena, del ciclo la caverna en chispas llena, y á los cielos Atlante sustentar.»

Por tí Salicio se lamenta al bosque, de Alexis Coridon se desconsueta, y dorada saeta á lagar vuela de Amintas y Menalca el pecho fiel; por tí la abeja en Tivoli susurra, y á Dameta una poma Galatea se arroja, espera á que el zagal la vea, y huye á los sauces requerida de él.

Ora uniendo lo grave á lo festivo, la verdad y ficción, lo serio y fútil, risas y llanto, deleitable y útil... ¡facilidad difícil que es un don! haces hablar al bruto en su manida, al reptil en la peña agrietada, en la agna al pez, al ave en la enramada, y al insecto, la flor, la creación.

Tú has celebrado á Troya con Homero, y á Ulises en la Iliada y la Odisea; tú en Virgilio, en la Eneida, le viste á Enea de Troya á Italia y á Dido enamorar. Y con Cervantes, Tasso, Milton, Dante, infierno y paraíso recorriste, y en el Santo Sepulcro oraste y fuiste al Ingenio Hidalgo á acompañar.

Si aterra al hijo destrozador Medea, y en el Eldipio Layo con su sombra; si el Heautontimorimenes asombra, y nos hace la Ex Persa reir sin fia; es por tí, gaya ciencia, que en tu Tirso, inflamaste de noche, en el silencio, á Séneca, y á Plauto, y á Terencio, como á Lope de Vega y Moratin.

Yo te veo doquier, gentil, risueña, de rosas y de mirto coronada; como el hijo de Venus, niña, alada, con su lira, carcaj, arco y arpon; yo te veo doquier, hija bendita de las musas, las gracias y del genio, ella es toda entusiasmo, toda ingenio, luz, música, color, inspiración.

Y te amo en el ardor de unos esposos, que en su luna de miel amor inquieta; te amo, como tú amas al poeta... con un amor que toca en lo ideal. Y en ti vivo y tú en mí, y en ti respiro, y en tu imagen ensueño bendecida, que es el alma solaz, gozo á la vida, paz á la angustia, medicina al mal.

Los que entusiastas la mirais con Tullio, nutricos mozos, viejos consolaros, y que viene en lo próspero á encantaros, y que en lo adverso lenitivo os dá; y por do estais fantaseando bulle, y el mas árido estudio os lo florea, y si dormís, con su hábito os oreca, y al campo, al viaje, con vosotros va...

Id á su encuentro con laurel y palma, y el sacro templo y sacerdocio admira gaya y triunfante á su deidad, é inspira á los del plectro y el trovaz gentil; y al celebrar armónica su lira

vuestro Dios, vuestros fastos, vuestros lares respondan por los átrios los cantares himnos, aplausos y coronas mil.

Just Arroyo y Almela, Pbro.

RECUERDOS DE SUIZA.

Indudablemente Suiza es un hermoso país. Sus montañas de hielo en que el sol se refleja; sus montes, y cerros cubiertos de verdura y coronados de nubes; sus extensos lagos, sus riuuelos valles, sus chalets, que se levantan en las orillas de los arroyos; sus bosques de abetos, embianquecidos por la nieve y reverdecido á los primeros rayos del sol de mayo, cuando la naturaleza despierta del letargo en que ha estado sumida, la presentan á nuestros ojos rica de juventud y de vida. Mas la belleza no está toda en la forma, sino que tanto para los hombres como para los países, está en su carácter, en su corazón y en su espíritu. Apresurados, pues, viajeros, si queréis encontrar un recuerdo de su antigua fisonomía.

Los usos en que se traducía su espíritu, las costumbres en que se perpetuaba su nacionalidad, y los trajes mismos cortados á la altura y conforme á sus ideas, van á desaparecer cada día; la misma Suiza, á pesar de sus elevadas montañas, no se ha librado de la vana moda que borra uno después de otro sus bellos recuerdos. Apenas algunos cantones lejanos, los tres primeros confederados, sobre todo Schwitz, Uri, Unterwald, fieles á su pasado, lo han conservado sin mezcla de novedad. Allí todo es armonía, los hombres y las cosas; robustos campesinos de semblante jovial, de formas atléticas, de aspecto franco y amable, de voz grave y sonora, que encontráis en el camino de Einsieden ó de Altorf, se hallan bien en sus salvajes montañas habitadas por las águilas y las garmuzas.

Más á medida que avanzais hacia Francia, se debilita el primitivo sello, se borran las grandes líneas; algo indeseo y vago se anuncia en todas partes; comienza la imitación, la lucha entre la antigua Helvecia y la moderna Suiza.

La Suiza, al salir de esta fusión, reaparece joven y mas brillante... mas su corona de flores vale lo que sus cabellos blancos...

La emoción es propia de los recuerdos; nuestro corazón se une á todo lo que nos ha precedido; ¿quién hay que no se incline ante las ruinas, mientras que no admira sino fríamente todo lo que data de ayer?

Entre las villas suizas donde há poco el viajero conmovido podía remontarse gradualmente hasta el corazón de otra edad, está desde luego Friburgo. Construida en 1178 por Berthold, duque de Zehringen y margrave de Bade, fue tan apasionado de su independencia, que adoptó desde su origen el nombre de Villa libre.

A pesar de todo, el sentimiento de su libertad no impidió el que cayera bajo el yugo de la famosa casa de Hapsburgo, que al dar emperadores al Austria, preparó tiranos para la Helvecia. Mas aquí por luchas, allá por negociaciones y siempre por esfuerzos heroicos, volvió á ganar cada día alguna de sus prerrogativas, hasta que Carlos el Temerario vino á ofrecerle ocasión de reconquistarlas todas á la vez.

En presencia del peligro común que amenazaba la Suiza, Friburgo pidió un puesto en la liga helvética; y desde entonces, formando parte de la confederación, se preparó á sostenerla dignamente. Sin embargo, el borgoñés invadido su territorio: Morat iba á sucumbir, cuando gracias á un esfuerzo desesperado, los friburgueses alcanzaron inmediatamente la victoria en sus filas.

Por una costumbre muy singular, la víspera de la batalla los suizos y borgoñeses, después de haber reunido sus perros y de haberlos colocado en línea de batalla, los lanzaron los unos contra los otros, excitándoles con sus gestos y gritos. Estos fieros animales pareció que comprendían que la suerte de los dos pueblos estaba pendiente de la lucha. Iadentes, los ojos inflamados y seco el hocico, se atacaban con rabia, se desgarraban las entrañas; cuando caían en tierra se levantaban mas terribles, cogiendo entre sus dientes á su temible adversario, y arrastrándole todo ensangrentado hasta que se sintiesen sin vida.

La rabia feroz desplegada en este combate fué igual en los dos campos; sin embargo, hacia la tarde, los perros de Borgoña cubrían con sus cadáveres el campo que se estiende desde el lago á la villa; y viendo á los suyos victoriosos, los friburgueses auguraron bien, dice un historiador de la época, de la batalla del día siguiente.

Es curioso leer en esta crónica el relato de este memorable suceso.

«Y así, un sábado, dice, la grande mañana que era el día de los diez mil mártires, se resolvió y decidió por unanimidad que se comenzara por todos oyendo la santa misa y por implorar la gracia y la bendición de Dios, y que se ayunara y se preparasen al combate.

Se encontraron hombres que no quisieron comer ni beber hasta que terminase la contienda. En esto vivieron los honrados y valerosos habitantes de Zurich, con su bandera y todas sus fuerzas, que se hallaban muy fatigadas, por haber marchado día y noche y hallarse los caminos en mal estado á causa de haber llovido toda la noche y continuar todavía el sábado; de manera que tuvieron que dejar rezagados mas de sesientos en los bosques, que no podían avanzar más, ¡tal era su fatiga! Sin embargo, llegaron bastante pronto, colocándose en fila con los demás, no queriendo que se retardase la lucha por su causa, lo cual debe tenerse en cuenta y no olvidarse.

Así, sobre el campo, se formó una vanguardia, alistándose en ella los de Than y Entlibuch con su bandera y una porción escogida de la tropa suiza, cuyo mando se confió al muy valeroso caballero burgués de Berna, Juan de Hallwil.»

(Se concluirá.)

F.

